

ORACIÓN

Por tu bondad, Señor y Hermano Jesús:
Concédenos escuchar tu Palabra con el corazón abierto y con nuestro ser entero orientado a Ti.
Haz que nos sea:
- luz en el caminar de nuestra vida,
- fortaleza en la lucha diaria,
- nuestro gozo en los sinsabores de nuestra existencia. AMEN.

TEXTO

LUCAS 12,22-48

«²²Pero dijo a sus discípulos: “Por eso os digo: **no os preocupéis** de vuestra vida, qué comeréis, **ni** de vuestro cuerpo, qué vestiréis. ²³Porque la vida es más que el alimento y el cuerpo [más] que el vestido.

²⁴Fijaos en los cuervos: **no** siembran, **ni** cosechan, ellos que **no** tienen despensa **ni** granero; y **Dios** los alimenta. ¡Cuánto más vosotros prevalecéis sobre los pájaros!

²⁵Pero ¿quién de vosotros, por más que **se preocupe**, puede añadir un codo a la duración de su vida? ²⁶Así pues, si **no** podéis lo mínimo, ¿por qué **preocuparos** de lo demás?

²⁷Fijaos en los lirios, cómo **no** hilan, **ni** tejen. Pero os digo que **ni** Salomón, en toda su gloria, estuvo vestido como uno de ellos. ²⁸Pero si a la hierba que está hoy en el campo y mañana será echada al horno **Dios** la viste así, ¡cuánto más a vosotros, [hombres] de poca fe!

²⁹Y vosotros, **no** busquéis qué comeréis **ni** qué beberéis, y **no** os agitéis en todos los sentidos. ³⁰Porque esas cosas son las que buscan todas las naciones del mundo, pero **vuestro Padre** sabe que tenéis necesidad de ellas.

³¹Más bien, **buscad su Reino**, y esas cosas os serán añadidas.

³²**No tengas miedo**, pequeño rebaño, porque le ha complacido a **vuestro Padre** daros el Reino.

³³Vended vuestros bienes y dadlos en limosna. Hacedos, para vosotros mismos, bolsas que **no** envejecen, un tesoro indefectible en los cielos, donde el ladrón **no** se acerca **ni** la polilla corroe.

³⁴Porque donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón.

³⁵Que vuestros riñones estén ceñidos y las lámparas encendidas.

³⁶Y vosotros [sed] semejantes a personas que aguardan a su señor cuando deje las bodas, para abrirle apenas haya llegado y haya llamado.

³⁷Dichosos esos criados a los que, viniendo, el señor encuentre velando.

En verdad os digo que se ceñirá la cintura y los sentará a la mesa y se pondrá a servirles.

³⁸Y si llega a la segunda o a la tercera vigilia y encuentra tal acogida, dichosos son esos.

³⁹Pero sabed bien esto: si el propietario supiera a qué hora viene el ladrón, no dejaría agujerear su casa.

⁴⁰También vosotros estad preparados, porque a la hora en que no penséis viene **el Hijo del hombre**”.

⁴¹Pero dijo **Pedro**: “**Señor**, ¿dices esta parábola a nosotros o a todos?”.

⁴²Y dijo el **Señor**: “¿Cuál es entonces **el administrador fiel y prudente** a quien pondrá el señor sobre su servicio para distribuir en el momento oportuno la ración de víveres?”

⁴³Dichoso ese siervo a quien el señor, llegando, encuentre haciendo así. ⁴⁴Verdaderamente os digo que lo establecerá sobre todos sus bienes.

⁴⁵Pero si ese criado se dice en su corazón ‘mi señor tarda en venir’, y empieza a golpear a los mozos y mozas de servicio, a comer y a beber y a emborracharse, ⁴⁶vendrá el señor de ese criado, el día en que no lo aguarda y en la hora que no sabe y lo cortará en dos y le dará su parte con los no creyentes.

⁴⁷Pero ese criado que conocía la voluntad de su señor, y no [está] preparado ni hizo su voluntad, recibirá muchos golpes. ⁴⁸Pero el que no la conoce, pero hizo [algo] digno de golpes, recibirá pocos.

Pero a quien mucho se le ha sido dado, mucho le será exigido, y a quien mucho le ha sido confiado, le pedirán muchísimo más”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (12,22-34)

- V. 22: Lucas da la palabra a Jesús: «Yo os digo» indica que toma la palabra y subraya su autoridad. La fórmula es la de un maestro tanto como la de un profeta. Hay tres terrenos que facilitan la comprensión de la exhortación «no os preocupéis»: la filología griega, el ambiente semítico y la modernidad psicológica o social. En griego, ese verbo designa la preocupación que uno siente por alguien y el cuidado que pone en una cosa; particularmente la preocupación ansiosa, así como los sufrimientos que engendra. El estudio de la literatura sapiencial hebrea ofrece una amplia cosecha de ejemplos: en ella las preocupaciones van asociadas a los insomnios, al agotamiento físico, a la amargura del trabajo ingrato, a la agitación y al ruido. Lo contrario es el descanso y la paz. Esta sabiduría reconoce que la vida cotidiana, amenazada por los peligros y la muerte, es la ocasión de diversos afanes. Propone un descanso basado en una existencia modesta («Muchos bienes, muchas preocupaciones», decía Hillel) y, si es posible, sin preocupaciones. La vida moderna -tercer terreno- reivindica la autonomía del mundo. Los seres humanos se llenan de angustia ante sus responsabilidades y vacilaciones ante el poder. A nivel individual, se tropieza con la soledad, la falta de comunicación, la ascensión irracional e incontrolable de la angustia que invaden el alma y bloquean toda reflexión, toda acción. Los afanes y las preocupaciones reinan por doquier.
- El alimento, el vestido y el alojamiento constituían en la antigüedad la tríada de bienes indispensables. De forma provocativa, Jesús invita a que no nos preocupemos ni de lo que hemos de comer, ni de los vestidos que tengamos que ponernos. De esta manera prepara la sentencia sobre la preocupación fundamental, la del reino de Dios (v. 31). Distingue además las actitudes: por un lado las preocupaciones malsanas, por otro la búsqueda legítima. Una preocupación es ilegítima, a sus ojos, cuando pasa a ocupar el primer puesto en nuestros afanes y obnubila todo lo demás, cuando encierra al ser humano en sí mismo, obligándolo a olvidarse de Dios y del prójimo.
- V. 23: El ser humano vale más que el alimento y el vestido. El binomio *alma-cuerpo* no tiene el valor griego de alma opuesta al cuerpo. El alma aquí se alimenta y el cuerpo se viste: la una corresponde a nuestra vida y el otro a nuestra persona; la una es más interior, y el otro más exterior. Al decir que el ser humano vale más que lo que lo alimenta y lo viste, el texto invita a sus lectores a preocuparse de lo que es fundamental para ellos en último término y no de lo que los sostiene provisionalmente. La tercera petición del Padrenuestro lucano (petición del pan), así como el v. 31b, demuestra que Jesús no se olvida de lo mínimo indispensable, pero que lo coloca en segunda posición y lo hace depender de la fe y no de nuestras preocupaciones; de Dios y no de nuestros esfuerzos.
- V. 24: Los ejemplos sacados de la naturaleza son toda una legión en la literatura sapiencial. Los ejemplos sirven muchas veces para alabar la providencia del Dios creador que vela por sus criaturas y se encarga de su sustento. Al escoger la palabra «cuervo», Lucas piensa quizás en el proverbio griego que asocia a los cuervos con los desperdicios: «¡vete a los cuervos!» es decir, a la basura, como cuando decimos: «¡vete a la mierda!». Los cuervos, despreciados, reciben sin embargo su sustento («y Dios los alimenta»). «Con cuánta más razón», nosotros, que tan diferentes somos de esos pájaros que nos hacen pensar en la basura. Así pues, el texto opone los cuervos a los campesinos (una señal de que Jesús se dirige a un pueblo acostumbrado a las imágenes agrícolas). A diferencia de los campesinos, los cuervos no tienen que preocuparse de las tres etapas sucesivas del trabajo agrícola. El acento recae en la tercera: conservar, guardar en reserva. Esta precaución es considerada aquí como una falta de confianza en la providencia y de una preocupación excesiva por el mañana. Los israelitas recibieron el maná de Dios y no tenían derecho a guardarlo en reserva. Este ideal de la total dependencia de Dios en el instante decisivo atraviesa la historia de Israel y encuentra aquí su actualización. Por consiguiente, el texto no nos prohíbe comer para saciar nuestra hambre. Dios reconoce nuestras necesidades, pero pone una restricción. Condena la acumulación de bienes, señal de falta de confianza en su providencia.
- Vv. 25-26: He aquí un argumento suplementario. Se presupone nuestra dependencia fisiológica de la naturaleza o más bien de la creación, y por tanto finalmente de Dios. La expresión utilizada aquí, más la «duración de nuestra vida» que nuestra «talla», no depende de nosotros. Nuestras preocupaciones y nuestros afanes no cambiarán las cosas. Por dos veces, se subraya la impotencia humana. Las realidades más importantes se

escapan también de nuestros esfuerzos y preocupaciones. No dependen de nosotros. La actitud que aquí se propone no es ni la del fatalismo, es decir, de la resignación, ni la del estoicismo, que busca el desprendimiento interior, sino la fe confiada en el Creador. De aquí se deriva, no ya una pasividad negligente, sino una actividad libre, gozosa, que espera en Dios y cuenta con su providencia.

- Vv. 27-28: «Considerad» implica la mirada y la reflexión. Es el verbo de la parábola de la paja y la viga (6,41). Los lirios no tienen necesidad de vestirse, ya que son ellos mismos su mejor vestido y sus corolas son más bellas que todo el lujo más celebre de la historia de Israel, el de Salomón. No tienen que realizar ninguna de las tareas indispensables para la confección de las telas, el hilado y el tejido. La vida de los lirios sirve de modelo al creyente confiado, mientras que la existencia de Salomón no es quizás tan ejemplar. Situado en su contexto judío, el contraste entre los lirios que no hilan ni tejen y Salomón cobra consistencia. Pero lo que cuenta es la comparación entre los creyentes y los lirios y, gracias a ella, la certeza de que Dios atiende a los pequeños. Si da a los lirios su esplendor, también se ocupa de nosotros, pobres seres humanos, para nuestro bien. Y ese bien *no es únicamente espiritual*.

El texto describe la suerte de la hierba que florece en el campo, pero desaparece al día siguiente por el fuego. Al oír estas palabras, los cristianos recordaban la brevedad de su vida y el carácter súbito de la muerte. Pero el texto no acaba en este punto. Al contrario, prosigue con una nota valiente, con un nuevo recuerdo de la providencia de Dios. Los límites que hay ante nosotros podrían hacernos dudar de la benevolencia divina. Pero no es así: la intensidad y la autenticidad de una vida única demuestran que se trata de un regalo de Dios.

Oligopistoi, «creyentes de poca talla, personas de poca fe», designa a los creyentes que flaquean, quebrantados por el sufrimiento, agobiados por las preocupaciones o tentados por las riquezas y los placeres. Los «creyentes de poca talla» no tienen confianza en Dios para el día de mañana. Marcados por los afanes, dudan de si tendrán pan suficiente. Por tanto, corresponden exactamente a los que reciben la primera (v. 22c) y la segunda orden negativa (v. 29).

- Vv. 29-30: Mediante el «y vosotros», Lucas interpela a los «creyentes de poca talla» y lanza de nuevo su exhortación. Utiliza ya aquí el verbo *buscar* previendo la verdadera búsqueda, la del Reino, v. 31 («buscad»). Lo más curioso es el tercer elemento, traducido como *y no os agitéis en todos los sentidos*: la realidad que expresa aquí es el estado del alma inquieta, suspendida y sacudida, en una palabra agitada. Para ello apuesta por la confianza puesta en el Dios que, paternalmente, se preocupa de sus criaturas. Es lo que explicita el v. 30 en una fórmula que recuerda el amor a los enemigos (6,32-34), por su oposición entre los cristianos y el resto de los seres humanos. Todo el mundo busca «esas cosas», esos bienes, esas realidades materiales que son el alimento y la bebida, sin contar lo demás, el vestido, la vivienda y los placeres. El texto se refiere hasta tal punto a lo esencial, que las imágenes impresionan tanto a los ciudadanos como a las gentes del campo. Todos ellos tienen un deseo profundo de vivir. Pues bien, en la tradición cristiana, ni Jesús, ni Lucas, ni Mateo, desprecian esos bienes necesarios para la vida en la tierra. Pero se trata de que tomemos conciencia de que dependen de Dios, más concretamente de aquel que es «vuestro Padre». Él, que en 11,13 ofrecía el Espíritu, se cuida aquí de todo lo demás de lo que se reconoce que «tenéis necesidad». Si el Padre «sabe», no se contenta con ese saber. Añade el gesto al pensamiento, el don al saber: «dará», en 11,13.

- V. 31: Por consiguiente, no es la inquietud la que debe invadir el corazón humano, ni tampoco el desapego interior o la indiferencia inmóvil. Tanto el hombre como la mujer es, según la Escritura, un ser de deseos, de carne y de sangre. Este deseo de vivir y de vivir feliz, en un placer recibido y en una relación estable, tiene un nombre: es una búsqueda, un empeño, una solicitud, una aspiración y un movimiento. El objeto de esta búsqueda se indica en una sola palabra, el «Reino», ligado inmediatamente a una persona, «de él», es decir, el de «vuestro Padre» (v. 30). El reino de Dios es, a los ojos de Lucas, la promesa en vías de realización, la esperanza cristalizada en Jesús, en su Palabra y en el Espíritu del que dispone desde su elevación. La providencia de Dios, con sus sacudidas y sus fracasos, deja de ser un equívoco y se convierte en evidencia convincente. La creación amenazada gime, no para lamentarse, sino para prepararse. El texto hace pasar de la victoria sobre las preocupaciones a la búsqueda del Reino. Los hombres y las mujeres que, respetando el «más bien», se lanzan a la búsqueda de Dios, tienen ya desde ahora la seguridad, la confianza y el gozo. Todo lo demás se lo ofrece Dios, sin lujos, pero sin escamoteos. Esta es la convicción formidable que aquí se expresa. Se trata primero de una orden, de un imperativo; pero es también una promesa y una certidumbre.

- V. 32: El dicho aislado que Lucas cita aquí le permite asegurar su posición, ya que corresponde a su objetivo. El Padre, que está en relación con los suyos («vuestro padre») y que se define por el «don», ha expresado su designio de salvación. El colmo de su amor corresponde a lo esencial de lo que los humanos buscan y desean. Se trata del establecimiento del «Reino» de Dios, del espacio de Dios, que engloba la creación, la supera y la regenera; del tiempo de Dios que asume y transfigura el nuestro. De momento, este Reino, asociado a Jesús, solo es experimentado por una minoría, por un «pequeño rebaño». No por unos individuos aislados, ni por pueblos enteros, sino por aquellos que, repartidos por toda la tierra, se reconocen como hijos de este Padre y ovejas de este rebaño. A. Loisy, crítico, decía: Jesús predicó el Reino y llegó la Iglesia. Nuestro versículo proclama: se ha ofrecido el Reino y ha venido la Iglesia. Para excluir todo triunfalismo, la sentencia define al rebaño como doblemente pequeño: por el adjetivo «pequeño» y por el diminutivo: «rebañito». No están lejos las parábolas de la mostaza y de la levadura (13,18-21).
- V. 33: En vez de prohibir el enriquecimiento, Lucas impone la generosidad y prodigalidad. Las comunidades lucanas cuentan en su seno con una parte de personas de buena posición. A lo largo de toda su obra, Lucas expresa la conciencia de que hay injusticias sociales y muestra su deseo de repararlas. Está convencido de que el mal no es inherente a los mismos bienes, sino al corazón que se apega a ellos. Corresponde a una necesidad teológica (no se puede servir a dos amos: 16,13) y ética (¡ay de los ricos!: 6,24). El convertido que se dirige a Dios se aparta de sus riquezas. La oposición de los dos tesoros es radical. A nivel de los hechos, este desprendimiento no puede limitarse al terreno espiritual. Tiene que concretarse en gestos de generosidad material. Pero Lucas no impone a todos el voto de pobreza. Lo que quiere, en nombre de su Maestro, es que, poniendo los recursos de cada uno a disposición de los demás, se exprese el desprendimiento interior y se promueva una caridad que colme la penuria de los necesitados. De este modo la comunidad cristiana comparte sus bienes. El ejemplo de Bernabé (Hch 4,37) realiza la orden de Jesús en dos tiempos: la utilización de los bienes, es decir su venta, y luego la distribución de los mismos, la limosna.
Lucas no le quita al ser humano el derecho a desear, ni siquiera a poseer; pero es en Dios donde coloca sus tendencias humanas legítimas. La caducidad de este mundo era un motivo común del tiempo. El acceso a lo inquebrantable, a lo indefectible, era el objeto de la búsqueda de todos. Jesús en Lucas promete ese don esencial a todo el que se desinteresa y se descentra de sí mismo. Por tanto, lo que permite al ser humano llegar al mundo eterno de Dios es la renuncia a los propios bienes y sobre todo a sí mismo, lo que hace que el creyente se encuentre y se enriquezca en Dios. El mensaje de estos versículos coincide con el de las bienaventuranzas y con el de las sentencias del capítulo 9 (renunciar a sí mismo, no pensar en ganar el mundo).
- V. 34: La frase de Jesús, que suena como un proverbio, relaciona el corazón y el tesoro, al que aprecia y lo que es apreciado, al que desea y lo que es deseado. Esta frase condena los lazos que se establecen entre una persona y sus bienes. Mientras que la sabiduría popular sitúa el corazón cerca del objeto de sus deseos, la sabiduría de Jesús dramatiza la amenaza: por una especie de imantación, los bienes materiales atraen a ellos el corazón y lo alienan. Para llevar a cabo la separación, ¿qué hay que hacer? Dispersar los bienes y modificar el corazón.

SEGUNDA UNIDAD (12,35-48)

- V. 35: Ceñirse los riñones podía ser un gesto prosaico o un gesto religioso. Un cinturón levantaba el manto o ceñía la túnica, a veces larga. De esta manera facilitaba la marcha del viajero o el trabajo del obrero. Al contrario, aflojarse el cinturón significaba quedarse tranquilo y descansar. Tener ceñidos los riñones, es decir, estar dispuesto, recordaba la salida de Egipto, el éxodo nocturno. Si se constata, como aquí, la presencia simultánea del cinturón y de la lámpara, es indudable la alusión al simbolismo pascual. Se creía que la pascua se había desarrollado de noche. La esperanza judía aguardaba al Mesías a media noche. Por tanto, los oyentes de Jesús son fieles que cuentan con la venida nocturna de su Mesías; creyentes dispuestos a obrar cuando duerme el resto de la gente. Tener los riñones ceñidos y mantener la lámpara encendida es saber la hora en que uno vive, fijar la atención en lo esencial, liberarse de todo agobio, olvidarse de sí mismo, prepararse para acoger la palabra de Dios.
- Vv. 35-36: El v. 35, como también el 36, demuestra que la vida de los cristianos está marcada por el «tiempo» de Dios. La ignorancia del fin, que obliga a estar dispuestos a todos y a todas, tiene su lugar en la justa comprensión de la plenitud de los tiempos. Recordando a todos que hay que velar, Lucas enseña a una comunidad que, a fuerza de ignorar, duda en seguir esperando y descuida el «momento oportuno» fijado por Dios.

Los discípulos («vosotros») «se parecen a...». Por una vez, no es el Reino el que «se parece a...». Se trata de una simple comparación y no de una verdadera parábola. El marco es el de una hacienda familiar. Los esclavos no tienen horas de trabajo: tienen que estar dispuestos a cualquier instante. El propietario ha partido algo lejos, pero no demasiado, ya que no tiene necesidad de pasar la noche fuera. Deja las bodas -en la Escritura el simbolismo nupcial tiene un valor religioso-, y regresa a su hogar; al llegar llama al portón que da paso al patio, que se cierra todas las noches con una viga gruesa. Todo esto parece muy natural en labios de Jesús. Pero los primeros cristianos cargaron muy pronto cada una de las palabras con un sentido espiritual: el amo es «su Amo», «su Señor»; su partida sugiere la elevación pascual y la ausencia del Resucitado que se remedia como se puede; la espera de los criados (a los que se llama «seres humanos», «gente») pasa a ser la de los creyentes; la llegada inesperada del amo sugiere la parusía; la atmósfera nupcial, finalmente, hace vislumbrar la llegada del Reino. La repetición de estos motivos en los evangelios manifiesta la intensidad del cuestionamiento, de la frustración, del anhelo, de la esperanza y de la fe de los primeros cristianos. «Aguardar» es una actitud que hay que explicitar, ya que puede ser gozosa, apurada, impaciente o desesperada según los casos.

El ejemplo que se pone sugiere una espera que no se verá decepcionada, y la invitación a estar dispuestos que precede a su mención la inserta en una atmósfera litúrgica gozosa. Cohabitan el gozo y el afán. Las condiciones son las del trabajo; el marco, el de una liberación y luego el de una fiesta.

- V. 37: La bienaventuranza del v. 37a se inspira en la bienaventuranza de la siguiente parábola (v. 43). Percibe agudamente la articulación entre el trabajo y la dicha: se trata de «criados» (surge la palabra) que ejecutan su tarea; aseguran la guardia de la casa («velando» insiste en la duración, en la espera, que es en ese momento la tarea que tienen que realizar). Pero, con toda la fuerza evangélica del término, esos criados son ya «dichosos». No solo porque serán recompensados, sino porque han adoptado la actitud debida y están en una buena relación con su amo. Lucas inserta a continuación (v. 37b) un oráculo de salvación cuyo vocabulario está sacado de una parábola ulterior (17,8). Asistimos a una inversión de funciones: Cristo, se convierte de señor en esclavo. En el banquete del Reino el servicio quedará asegurado por el Señor en persona. La sentencia de 22,27, «estoy en medio de vosotros como el que sirve», verá entonces cómo se prolonga su validez. Esta tarea diaconal se ilustra con un triple gesto: estar dispuesto al servicio («se ceñirá la cintura»), acoger, en particular colocar a los invitados («hacer sentarse», «instalar a la mesa») y servir a la mesa («servir»).
- V. 38: Esta segunda bienaventuranza se inspira en la parábola del portero. Se contenta con repetir lo que ya sabemos por la comparación (v. 36), la primera bienaventuranza (v. 37a) y el oráculo (v. 37b). Se trata de la venida del amo y de lo que se encuentra a su llegada. El único elemento nuevo es aquí la mención de las horas gracias a la palabra precisa «vigilia». Solo se mencionan la segunda y la tercera vigilia, es decir, la media noche y el final de la noche. ¿Señal de la conciencia del retraso de la parusía? Velar y estar preparado es ante todo saber, gracias al ejemplo de Jesús servidor hasta la muerte, lo que quiere decir *servir*. Y es finalmente prepararse a abrir la puerta y a *ser servido* por el Cristo diaconal (v. 37b).
- Vv. 39-40: Introducida en el versículo anterior, la cuestión de la hora se hace insistente en los vv. 39-40. Va asociada al tema de la ignorancia. Jesús enseña a sus discípulos que no saben: «sabad bien esto» (v. 39), por un lado; «no penséis», por otro. Por tanto tenéis que saber que ignoráis la hora. Esta conciencia de la ignorancia forma parte de la vigilancia. De esto se sigue que hay algunos que aceptan ignorar y otros que se equivocan al querer adivinar. Entre los que aceptan no saber hay de nuevo dos actitudes diferentes: una, la buena, consiste en vivir alegremente de la gracia y de la libertad; la otra, la mala, equivale a dejarse llevar por la inquietud. Una breve parábola sirve de apoyo al objetivo pedagógico de Jesús. Pone frente a frente a un «propietario», del mismo tipo que el «amo» del v. 36, y no ya a sus criados, sino a un «ladrón». Si el marco se parece al de la parábola anterior, el incidente que se desarrolla es distinto. Se trata también de una llegada a una hora inesperada, pero es la llegada del ladrón. A diferencia del amo a quien se aguarda, nadie piensa en que va a venir el ladrón. Jesús quería evocar el juicio de Dios, que iba a caer de forma inesperada e inexorable sobre cada uno. La tradición cristiana la asoció inmediatamente al día del Señor, a la parusía, como lo demuestra 1Ts 5,2; Ap 3,3; 16,15; 2Pe 3,10 y, evidentemente, el versículo siguiente de nuestra perícopa, 12,40. En el v. 40, el vocabulario de la vigilancia se hace palpable: tras las imágenes de los riñones ceñidos y de las lámparas encendidas, tras los verbos «aguardar» y «velar», he aquí una nueva expresión: «estar dispuesto». El término puede tener un sentido pasivo: «preparado», «inminente», «presto»; y un sentido activo: «dispuesto a», «diligente», «pronto». Es el sentido activo el que está aquí en primer plano; un sentido ético que estimula a

la acción y, antes de ella, a la disposición interior. Por consiguiente, hay que estar pronto para la venida del Hijo del hombre. Hasta aquí, Lucas ha hablado pocas veces de los acontecimientos apocalípticos. Si lo hace ahora es para preparar el terreno. A su juicio, no hay por qué tener dudas o inquietudes. El Resucitado está ciertamente ausente, pero ni la misma ausencia ni la duración de esta tienen que asustarnos, ya que Cristo volverá ciertamente a establecer el reino de Dios en poder y en gloria, a recrear el orden social y político, a retribuir a cada uno, a salvar al pueblo de Dios y la creación entera por la paz y la concordia. Esta será la última visita de Dios.

Estar dispuestos para estos acontecimientos es paradójicamente no preocuparse por ellos. En todo caso, no estar con los ojos clavados en el cielo en una espera pasiva. Estar dispuestos es vivir en la tierra, en donde se nos abren dos caminos. O vivís pensando en vuestro interés, intentando enriqueceros por vosotros mismos. O vivís en comunidad con el pueblo de Dios, por los demás, enriqueciéndoos así en Dios. La perspectiva no es solamente ética, sino también espiritual.

- V. 41: El evangelista escoge espontáneamente a Pedro como portavoz de los doce. Tras la pregunta que plantea el principal apóstol, hay una concepción binaria de la Iglesia: los feligreses («todos») por una parte, y los «pastores» («nosotros») por otra. No todos, hermanos y hermanas, los cristianos tienen la misma responsabilidad y, por consiguiente, no todos reciben exactamente la misma enseñanza. Lucas no da una respuesta explícita a la pregunta de Pedro. Lo que precede y lo que tiene que ver con la vigilancia se refiere a cada uno de los creyentes; lo que sigue y lo que define la tarea de los responsables se refiere solo a los doce, es decir, a los futuros ministros.
- V. 42: Al frente del pueblo de Dios, del «pequeño rebaño» (v. 32), está el Señor, que escoge a los responsables y les confía una tarea. La continuación mostrará cómo el amo se ausenta, una vez confiada la misión al administrador. Un «administrador» no es un esclavo: goza de la confianza del propietario que le encomienda la doble función de ocuparse de los criados y de las finanzas. Aquí, el responsable tiene la misión de dar a cada uno su sustento en el momento oportuno. La palabra «servicio» se refiere particularmente al servicio doméstico, pero también los «cuidados» que se presta a los enfermos y el «culto» que se rinde a los dioses. Como a Lucas le gusta acumular los sentidos, considera los cuidados prestados a los demás como una forma del culto que se rinde a Dios.
Cuando cumple estas tareas a gusto del amo, el administrador es declarado fiel y sensato. El primer adjetivo tiene un sentido subjetivo, «fiel». El segundo adjetivo, «prudente», debe interpretarse como la expresión de una señal de sabiduría religiosa. Califica a la inteligencia del ministro cristiano que cumple la voluntad de Dios en el servicio que rinde a los creyentes y que consigue su verdadera felicidad en este ejercicio realizado en beneficio de los demás.
- Vv. 43-44: El administrador será declarado «dichoso», en el sentido de las bienaventuranzas, si el «amo», para Lucas Cristo el día de su retorno, lo encuentra obrando así. Lo que importa, a sus ojos, es que el administrador no se contente con buenas intenciones, sino que «actúe» y que opte por el buen tipo de actividad («así»). La fidelidad y la eficacia del administrador habrán permitido al pueblo de Dios atravesar los tiempos y sobrevivir. Por tanto, esta supervivencia de la fe no depende solamente de la perseverancia de los creyentes, sino también de la actividad juiciosa de los pastores. En caso de éxito, la satisfacción del amo se expresará en términos de recompensa. Según el v. 44, introducido por una fórmula solemne, esta retribución consistirá en un cargo nuevo y más importante: la gestión del patrimonio del amo. El administrador se había encargado de los hombres y de las mujeres; en adelante tendrá que administrar los bienes. Lo que sugiere la narración es un honor suplementario, consecuencia de una confianza que no se había visto defraudada.
- V. 45: La segunda parte de la parábola hace que el relato oscile de la normalidad al escándalo, y finalmente al drama. A la simetría de las situaciones invertidas hay que añadir ciertos elementos inesperados. No hay ninguna señal peyorativa que corresponda a los adjetivos halagadores del v. 42 (Lucas no habla aquí de un «malvado», de un servidor «malo»). El servidor constata ante todo la verdad: «Mi amo tarda en venir». Esta lucidez, que podría conducir a una invitación a la vigilancia, se convierte en una ocasión de caída. El personaje sucumbe a la tentación. Lucas traza el hundimiento del héroe: apaleando a los esclavos, mozos y mozas, el administrador traiciona por primera vez la confianza que le había otorgado el amo. En vez de hacerles vivir dándoles de comer, atenta contra su integridad física, y por tanto contra la dignidad y la vida del personal del que es responsable.

Por otra parte, encargado de las finanzas y de la organización de la intendencia, acapara para su uso la comida y la bebida. Cuando era buen administrador, repartía equitativamente las cargas y los beneficios, y nadie se sentía lesionado. Pero cuando se hunde moralmente, se olvida de ellos y se sitúa por encima de todos, traicionando por segunda vez la confianza del amo. El uso abusivo del poder en su propio interés es siempre arriesgado. Siempre hay en ello un motivo de escándalo para el común de los mortales, que tienen un sentido moral elemental.

- V. 46: En el enunciado de este riesgo, percibimos los peligros que el retraso de la parusía y más sencillamente el olvido de Dios han hecho correr a la Iglesia y a sus ministros. Se subraya la ignorancia de los cristianos a propósito de la fecha de manera solemne («el día en que no lo aguarda y en la hora que no sabe»). El futuro «vendrá» marca la única certeza que nadie debería ignorar.

El castigo cae como una guillotina: «lo cortará en dos». El enunciado de este terrible castigo ¿corresponde a un error de traducción, dado que no se espera tanto una ejecución como una exclusión, una eliminación de la comunidad santa? Es lo que también sugiere la segunda parte de la sentencia: en vez de tener su parte, su lote escatológica, con los justos, el pobre hombre la compartirá con los impíos. Parecen dos castigos sucesivos: la muerte del cuerpo, partido en dos, según el procedimiento persa que se aplicaba al esclavo condenado, y luego el castigo definitivo infligido por Dios (cf. 12,4-5). ¿Se dirigía Jesús a sus discípulos? ¿A propósito del juicio final?, ¿de la muerte individual? ¿O se refería a los jefes religiosos de Israel que se manifestaban como malos pastores? El dualismo ético recuerda ciertos salmos y el final de la parábola hace pensar en la suerte de los impíos del salmo 38 (37). El lector se pregunta de qué lado se encuentra y si no será a la vez fiel e infiel.

- Los vv. 47-48, distintos en otro tiempo de la parábola, hoy están unidos a ella. El servidor se ha convertido en «ese servidor». La descripción conviene: conocía su deber, pero ni sus preparativos ni sus gestos se conformaron a la voluntad de su amo. Según la norma, recibirá entonces muchos golpes. El segundo personaje -no se le llama servidor, ni forma parte todavía de la casa del amo- permanece en la ignorancia. No actúa mejor que el servidor. Por tanto, merece también un castigo, pero en esta ocasión más clemente. Es lo mismo que se dice al comienzo de la carta a los Romanos (Rom 1,1-3,20): el judío que conoce la Ley y el pagano que la ignora son los dos pecadores. El miembro de la alianza, el servidor de la casa, es sin embargo más culpable, ya que conoce la voluntad de su amo; por tanto, se le castiga con mayor dureza. Sobre esta pequeña parábola (vv. 47-48a), la tradición ha inscrito una sentencia sapiencial (v. 48b), que recuerda por su forma, pero no por su fondo, el dicho sobre la retribución de aquel que tiene y el castigo de aquel que no tiene.

Como en el v. 47, no se trata de oposición, sino de gradación; no de dualismo, sino de grado de responsabilidad. Al uno «se le ha dado mucho»: se trata, para Lucas, no tanto del don de la vida, de los talentos naturales, es decir, del orden de la creación, sino más bien del don de la fe, es decir, del perdón, de la salvación, de la gracia y del Espíritu. El Dios que da «mucho» espera mucho en compensación. Para Lucas, la vida cristiana no puede concebirse sin una rendición de cuentas, a la que aluden tantas parábolas. La benevolencia divina, lejos de eliminar la exigencia, parece incluso duplicarla, en el sentido del amante que se forja una idea elevada del ser amado y no quiere verse decepcionado.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?